

Rupert, el aprendiz de brujo.

Raphael Ramos



Capítulo 1

RUPERT

El aprendiz de brujo

La gran batalla

El cielo crujió estrepitosamente y parecía que el fin del mundo estuviera esperando al otro lado de la puerta. Las nubes oscuras que invadían el cielo, comenzaron a unirse, formando un huracán que se acercaba sin piedad a su víctima.

Los ojos de la bruja se entrecerraron, para evitar dejar entrar el polvo que el huracán estaba levantando. Anadys comenzó a cubrirse su rostro rápidamente. Si no actuaba rápido, este momento podía ser el último. Detrás de ella se alzaban algunas torres torcidas contra el cielo oscuro. Las gruesas hojas de madera de la puerta de la ciudad, estaban podridas y descompuestas y colgaban oblicuamente de sus oxidadas bisagras.

Desde el principio, Anadys sintió que no podría vencer. Su magia no era lo suficientemente fuerte para vencer al Mago Oscuro. Toda su vida había luchado por aprender y llegar a ser una gran bruja. Quería pensar que sus padres se habían sentido orgullosos de ella. A pesar de que podía morir en estos instantes, no sentía miedo. Ella sabía que no tenía nada que perder. A pesar de estar rodeada de seres que la apreciaban y la admiraban, se sentía sola.

Perdió a sus padres cuando era muy joven. Apenas tenía siete años, cuando el Mago Oscuro arrancó de su lado a las dos personas que más quería. Desde ese día y con apenas siete años, sabía que su vida no iba a ser muy larga. Esperaba con ansiedad el momento en el que se iba a enfrentar, cara a cara, con aquel despreciable ser que le había arrebatado

su vida.

Cada día de su corta vida lo había dedicado a aprender magia. No le interesaba nada más. Su hobby y su pasión habían sido aprender lo más rápido posible. Mientras los niños de su edad se divertían jugando, ella estudiaba con más fuerza y pasión. Cada día asistía a las clases de magia. Era la primera en llegar y la última en irse.

Después de las clases, se sentaba en un rincón, apartada de todos los demás seres y ensayaba nuevos conjuros. Todo esto no pasaba desapercibido por Émoles, que se sentía responsable de ella. Desde el día que los padres de Anadys fueron asesinados, Émoles había estado tras los pasos de ella, día y noche. Incluso, ordenó a algunos de los magos más reputados y sabios del reino, que la siguieran y enseñaran.

Émoles nunca se había perdonado no haber ayudado a los padres de Anadys. Jamás se perdonó la muerte de Mia y Darhin. Dos magos a los que él mismo había impartido clases de magia y de los cuales se sentía muy orgulloso. De hecho, fueron nombrados embajadores de Mundo Fantasía y ayudaron a evitar, en varias ocasiones, la guerra ente los diferentes mundos.

Apenas casados, decidieron mudarse a Mundo Fantasía y tener allí a Anadys. Siempre sintieron que, a pesar de proceder de Mundo Mágico, el mundo en el cual les había tocado vivir no se ajustaba a sus intereses.

La noche en la que Mia y Darhin murieron, Émoles se encontraba inmerso en otros asuntos que le llevaban de cabeza. Desde el principio de los días, él era el responsable de Mundo Fantasía y todo mal que pudiera ocurrir allí, él lo podía sentir. Era como si tuviera espías por todo el reino y le informaran de cada suceso que ocurriera allí. No había nada que se le escapase o casi nada.

Cuando presentía algo oscuro, era el primero en llegar al lugar y luchar contra las amenazas que trataban de irrumpir en aquel mundo. Sin embargo, aquella noche fatídica no presintió absolutamente nada. Todo transcurrió de forma normal como cualquier día. Émoles permaneció absorbido por los pensamientos que le ocupaban en aquel momento.

Anadys se incorporó con dificultad. Entonces vio que, efectivamente, estaba en una montaña desierta. El terreno parecía componerse, casi totalmente, de grandes losas de piedras de cientos de años de antigüedad, apiladas y amontonadas unas sobre otras, de modo que formaban toda clase de torres. Entre ellas, hierbas y pequeños arbustos cubrían el terreno. El paisaje estaba envuelto en la niebla, como consecuencia de una lucha deslumbrante y cruel.

Era el momento que siempre había esperado. No podía fallar. Si tenía que morir, sería de la forma más digna posible. No habría una segunda oportunidad y, desde luego, tampoco la deseaba. Sentía como, desde el hombro izquierdo, un hilo helado le recorría todo el brazo hasta los dedos. Pequeñas gotas caían al suelo de manera pausada. No le hizo falta saber que era su propia sangre, ya que había sido alcanzada un par de veces por los ataques de su rival.

A pesar de no sentir nada en su hombro, sabía que estaba mal herida y su magia se iba debilitando. Apenas podría contraatacar un par de veces si tenía suerte, pero eso no era lo que más le preocupaba. De toda la magia que había utilizado, sólo un par de ataques habían conseguido hacer un mínimo daño al Mago Oscuro. Ella sabía que era el mago más poderoso de todos, pero aún así, el odio que sentía por él era más fuerte que la razón y la coherencia.

Observaba a aquel despreciable ser con un odio infinito. No le tenía miedo en absoluto. De hecho, estaba contenta porque, por fin, había logrado enfrentarse a él. Ya no había más tiempo para prepararse y aprender más magia. No era la primera batalla en la que participaba. En todas ellas había salido victoriosa. Según fueron pasando los años, había ido adquiriendo fama en los tres mundos, hasta ser considerada como una de las brujas más temidas, no por haber derrotado a todo aquel con el que se había enfrentado, sino por su conocimiento de todos los hechizos y magia por aprender. Ella se sentía orgullosa de que la temieran.

Se sentía llena de ira. Los ojos le brillaban como el fuego en la oscuridad. Sentía como la ansiedad y el odio le iban ganando camino a la razón y, quizás por ello, no había conseguido hacer mucho daño al Mago Oscuro.

Se obligó a respirar profundamente y de forma pausada. Una de las pocas cosas que sus padres habían conseguido enseñarle, era que la magia no sólo era evocar hechizos o lanzar maldiciones. La magia, según ellos, era un arte noble y todo aquel que la dominara debía tener un corazón puro. De esta manera, cuando usara la magia, esta sería más poderosa que la de ningún otro ser.

Pero ella se preguntaba como podría conseguir esto. No podía perdonar a aquel ser, no después de lo que les había hecho a sus padres, no después de todos estos años alimentándose de odio y del deseo de venganza; sin embargo, llegado este momento, todo ese odio no le había servido de nada. Más bien, todo lo contrario. Ella sabía, en ese instante, que el Mago Oscuro la estaba observando y escudriñando su mente. También sabía que tenía todas las de perder, si aquel ser le atacaba de nuevo. Lo único que jugaba a su favor, era que el Mago Oscuro disfrutaba de aquel momento y no tenía prisa por acabar con ella.

Quería matarla poco a poco, provocarle el máximo dolor posible, antes de que aquello fuese historia. Él disfrutaba cada minuto, viendo como a sus rivales se les acababa la esperanza y se dejaban llevar por la desilusión y el miedo.

A Anadys le tenía muchas ganas. El quería y deseaba ser el mago más poderoso de los tres mundos y para ello, debía acabar con todos aquellos que le significaran un peligro. Ya sólo le quedaba Anadys y Émoles. Hoy sería el turno de ella y el día siguiente iría a Mundo Fantasía y acabaría con Émoles y con todos aquellos seres que se le opusieran.

—Dime Anadys, ¿qué sientes en este momento?

Anadys frunció el ceño y se incorporó lentamente. Sabía que aquel ser disfrutaba cada segundo de aquella batalla. No pensaba darle aquel placer. A pesar de que sabía que todo le iba mal, quería desafiar al Mago Oscuro.

—Estás muy seguro de que vas a ... —Anadys no pudo terminar de pronunciar la última palabra. Al incorporarse, el dolor del hombro se dejó notar. En otro momento habría gritado y llorado de dolor, pero no pensaba darle ese placer al Mago Oscuro. Sólo un tímido gemido salió de su garganta.

—Acabaría contigo en este momento, pero la verdad es que estoy disfrutando. Me gusta ver como la vida se te escapa paso a paso —dijo el Mago Oscuro, mientras daba un par de pasos hacia delante, a la vez que alzaba la varita que sostenía con su mano izquierda.

Anadys sabía qué era lo siguiente. Sabía que un nuevo hechizo iba a alcanzarla y el dolor iba a ser insoportable. Sabía que el Mago Oscuro quería oírla gritar y suplicar por su vida, pero esto no sucedería.

Se irguió todo lo posible y miró fijamente a aquel despreciable ser. La sangre recorría su brazo más rápido y sabía que eso no era una buena señal. Se estaba desangrando lentamente. Sabía que podía realizar un hechizo y cortar aquella hemorragia, pero esto suponría un esfuerzo demasiado grande para ella y apenas podía sostenerse en pie. Tenía que recuperar toda la fuerza posible antes de lanzar un último hechizo, si sobrevivía a aquel último ataque del Mago Oscuro.

Ante cualquier otro ser, se habría defendido con un contrahechizo, aunque esto la hubiese debilitado aún más, pero ante el Mago Oscuro no pensaba hacerlo de momento. Sabía que aquel ataque iba a ser doloroso, pero también sabía que no la iba a matar, porque él disfrutaba con derrotarla lentamente. Esto jugaba a su favor y no debía dejarle al Mago Oscuro adivinar sus intenciones. Quizás no sirviera de nada un último hechizo

contra él, pero debía intentarlo.

—¿Qué estás esperando? Sabes que no puedo defenderme —dijo Anadys, a la vez que una leve sonrisa emergía de sus labios agrietados. Ella sabía que el Mago Oscuro no soportaba que sus rivales no padecieran dolor y por ello trataba de desafiarlo lo máximo posible. Cuanto antes lanzara el hechizo, antes pasaría el dolor, o al menos parte de él—. ¿Acaso estás dudando si puedes ganarme?

Apenas dijo la última palabra, un rayo azul oscuro atravesó su cuerpo. Anadys salió despedida unos metros hacia atrás, golpeándose en la espalda contra una roca resquebrajada que había en el trayecto, y que se hizo pedazos por el impacto.

Miró su hombro lentamente, no por el dolor que había sentido minutos antes, sino por el hecho de que este dolor había desaparecido del todo. La túnica que llevaba estaba totalmente brillante, ni una mota de polvo se podía ver en ella. Era como si la hubiese acabado de limpiar. Todos los agujeros producidos por la batalla habían sido arreglados. Nada hacía recordar que apenas unos momentos antes se encontraba luchando por su vida.

Se dio cuenta que se encontraba sentada en medio de un salón pequeño. Un salón que le era conocido de alguna manera. Intentó erguirse e incorporarse para averiguar más de aquel lugar. La madera del suelo crujió por el peso de Anadys. Levantó la mano derecha y la acercó a sus ojos. Intentaba ver la sangre que le había estado recorriendo desde el hombro hasta su mano y cayendo al suelo lentamente, pero no había rastro de ella. Se alzó la manga y se tocó el hombro con cuidado, esperando sentir dolor, pero nada de esto sucedió.

Su cuerpo estaba totalmente curado, ni siquiera pudo observar algún tipo de rasguño o marca de aquella batalla. Fue como despertar de un sueño que parecía real, pero que al fin y al cabo no era más que eso, un sueño o pesadilla.

Un olor conocido llegó a ella. Su corazón dio un par de latidos más rápido de lo normal, como reacción a la felicidad que sintió de repente. Pero este estado anímico sólo duró un par de segundos; lo justo para darse cuenta de que no conseguía adivinar el origen de ese olor. Al igual que aquella habitación, este olor le resultaba bastante familiar.

Cerró los ojos y respiró con más fuerza, para captar de nuevo este olor de una forma más intensa. Lo intentó un par de veces, pero se había esfumado de la misma manera que había aparecido. Caminó por toda la habitación, parando cada dos metros y aspirando profundamente. Quería

volver a captarlo, necesitaba respirarlo otra vez, poseerlo, pero era demasiado tarde. Se dio cuenta de que nada de lo que hiciera le volvería a traer aquel olor.

Dio un par de pasos dubitativos, en dirección hacia la puerta de salida. Tiró del pomo para intentar abrirla. Con un esfuerzo mayor de lo esperado, la puerta cedió, a la vez que un leve crujido surgía de ella. Atravesó la puerta y entró en una nueva habitación o eso creía ella. Se dio cuenta que era una réplica de la anterior habitación. Todo era exactamente igual.

El mismo cuadro que vio en la habitación anterior, se encontraba también en esta. El cuadro permanecía enganchado en un extremo, mientras que el otro lado, en este caso el izquierdo, estaba descolgado. Se quedó observándolo unos segundos. La imagen le era familiar. La foto consistía en la imagen de un pequeño edificio, en parte tenebroso, en parte mágico.

Anadys dio un par de pasos más hacia el cuadro. En la habitación anterior no prestó mucha atención a esta imagen, pero ahora una idea le rondaba la cabeza. Este edificio era de dos plantas. La planta de arriba tenía dos ventanas tapiadas y la fachada parecía llevar años sin reformarse. Algunos trozos ya habían comenzado a desprenderse. La pintura blanca de la pared acumulaba años de polvo y la madera de los marcos de las ventanas tapiadas, estaba totalmente carcomida por las polillas. Sin duda alguna, muchos años habían pasado por aquel edificio.

Anadys estaba segura de que si las paredes hablaran, aquel edificio tendría mucho que contar. La fachada de la planta de abajo parecía más moderna, debido al marco de la puerta de entrada y de las ventanas, totalmente diferente al de las ventanas de arriba.

Acercó su rostro aún más, queriendo mirar dentro de esas ventanas. Respiró hondo y al cabo de unos segundos pudo distinguir un leve olor a madera vieja, mezclada con moho.

En ese momento Anadys dio un respingo y se irguió de repente. Trataba de cerciorarse de si ese olor provenía del cuadro o de la habitación en la que se encontraba en ese momento. Caminó al lado contrario de la habitación y aspiró de nuevo, pero esta vez no consiguió notar nada. Se colocó en medio de la habitación y repitió la escena, pero tampoco obtuvo éxito; así que decidió probar una nueva solución. Caminó hacia una nueva habitación. Si todo era como creía, esta habitación era exactamente igual que las otras dos. Algo estaba comenzando a despertarse en su interior y necesitaba averiguar qué era.

Tal y como había imaginado, la tercera habitación era gemela de las otras dos y no difería absolutamente en nada. Anteriormente no había prestado

atención a los detalles de las habitaciones, pero ahora todo iba teniendo sentido.

En el centro de la habitación había una mesa de madera de color oscuro. La parte de arriba de esta mesa estaba desgastada, debido al paso del tiempo y del uso diario de sus propietarios. Vio como en el lado izquierdo había grabado un par de letras: MD. Una leve sonrisa emergió de la comisura de sus labios. No podía creerlo, pero tenía que ser verdad.

Quizás estaba muerta y estaba en el paraíso. Quizás aquel último ataque del Mago Oscuro fue mortal y ya todo había acabado. No era propio de aquel ser acabar con sus rivales de esta manera tan rápida, sin disfrutar y saborear el dolor de sus contrincantes, pero probablemente esta vez fue diferente.

Se sentó en una de las tres sillas que se encontraban alrededor de la mesa. Eligió la más pequeña de las tres. Sabía que aquella silla fue creada para un bebé de apenas dos años. Un mago la diseñó para el segundo cumpleaños de aquella criatura. Obviamente no era una silla cualquiera ya que, entre otras cosas, podía moverse de un extremo a otro de la habitación por si sola o mecerse para dormir al bebé.

Decidió levantarse de la silla y sentarse en otra más adecuada para su edad, donde cerró sus ojos y, con las yemas de sus dedos, rozó las dos letras grabadas en la mesa de madera. Todo iba recobrando sentido. Era como si estuviera armando un rompecabezas y todas las piezas comenzaban a encajar.

Se levantó de un salto y la silla cayó hacia atrás. Comenzó a recorrer la habitación de un extremo a otro, susurrando sonidos inaudibles. Estaba tratando de recordar unas palabras. Su corazón latía muy rápido y tenía la sensación de que quería salir de su pecho. Cada dos pasos se mordía las uñas y pronunciaba unas palabras diferentes y sin sentido. Sabía lo que hacía o lo que pretendía hacer, pero no conseguía la manera de recordar las palabras adecuadas.

—Sé que puedo hacerlo, vamos Anadys —se decía a sí misma para animarse—. Conozco el edificio que aparece en el cuadro, pero ¿de qué?

Apoyó las dos manos sobre el cuadro, como si eso le fuera a ayudar a inspirarse. Lo miró fijamente durante cerca de un minuto un minuto, escudriñando cada milímetro, cada recodo, cada pincelada, pero nada le hizo recordar lo que tanto ansiaba.

Descolgó el cuadro de la pared y una manta de polvo se abalanzó sobre ella, produciéndole tos. Apoyó el cuadro en la mesa y lo miró desde diferentes ángulos. Siempre se había sentido inteligente a la hora de adivinar acertijos y este se estaba convirtiendo en uno de ellos, quizás el

más importante de todos.

Ya no le importaba haber sido derrotada por el Mago Oscuro. Sabía que no había podido vengar la muerte de sus padres, pero al menos lo había intentado. En otro momento, este pensamiento la habría hundido, ya que era una persona inconformista y siempre quería salir victoriosa de todas las situaciones, sin embargo, había algo en ese cuadro y en esa casa, que hacía que su deseo fuese más allá de querer vengar la muerte de sus padres.

Suspiró con resignación y comenzó a caminar alrededor de la habitación otra vez. De nuevo las palabras inaudibles llenaban el silencio de la habitación, cuyas paredes color claro no conjuntaban con el color oscuro del techo. Pasó la mano por una pequeña chimenea que había debajo de donde colgaba el cuadro y de nuevo el polvo se levantó, como una tormenta de arena en el desierto.

Se acercó a la ventana y abrió las delgadas cortinas. Unos débiles rayos de sol intentaban hacerse paso a través de los cristales sucios. La iluminación aún era débil, debido a que el sol debía compartir espacio con una espesa niebla, que dominaba los parajes que habían a los alrededores de la casa.

Anadys apoyó su espalda contra la ventana y comenzó a escudriñar la habitación. Vió como cada esquina de aquel habitáculo estaba invadida por telarañas y que el suelo de madera tenía el aspecto de desquebrajarse al más mínimo paso que diera. Alzó la vista y sus ojos notaron una vieja y pequeña estantería, que permanecía apoyada contra la pared. Debido al paso de los años y seguramente a las polillas, no podía sostenerse por sí misma y tuvo la sensación de que alguien la habría apoyado contra la pared.

Apenas un par de libros era lo único que contenía aquella estantería. La curiosidad llamó su atención. Sin dudarle, se acercó a los libros. Se arrodilló y cogió uno de ellos de color negro. Se sentó en la mesa y arrastró a un lado el cuadro. Miró la tapa del libro y observó que no tenía ningún título. Pasó la mano por la cubierta del libro, sintiendo el tacto rugoso. Lo abrió despacio, como si se tratara de un anticuario o coleccionista de libros, que acaba de adquirir un ejemplar de cientos de años de antigüedad. Deslizó las primeras páginas lentamente, respirando el olor de cada una de ellas. Era una mezcla de polvo y moho, que se habían unido a través del paso de los años.

En aquel momento, supo dónde había adquirido ese libro por primera vez. Se acordó de un día que ella y sus padres entraron en una librería en Mundo Real. El librero que los atendió, sonrió nada más verlos entrar.

—Justo a tiempo —dijo el librero sin dejar de sonreír.

Los padres de Anadys se miraron entre ellos, intentando averiguar a quien se había dirigido el librero.

—¿Nos habla a nosotros? —preguntó Darhin un poco extrañado.

—Perdonad mí descortesía. Debía haberme presentado antes. Mí nombre es Prometeo. Encantado de conoceros señor Darhin y señora Mía.

Ambos volvieron a mirarse entre si y regresaron su mirada incrédula al librero.

—Bu... Buenas... tardes —dijo Mía dubitativamente—. ¿Nos conocemos?

—No exactamente. Lo que quiero decir, es que yo sí os conozco pero ustedes a mí no. Por favor, sentaros en esos sillones de la esquina —dijo Prometeo amablemente, a la vez que señalaba el lugar con su mano derecha.

Anadys permanecía en silencio, escudriñando cada rincón de la librería. Sus padres solían llevarla a diferentes librerías cada vez que iban a Mundo Real pero nunca habían estado en esta anteriormente. Incluso dudaba de que hubiese existido antes. Vio que esta librería era un tanto particular y diferente a las otras. Mientras que en las demás solía haber libros de diferente temática, en esta sólo había un tipo de género. Todos los tomos, independientemente del tamaño, grosor, color de la cubierta y lugar donde estaban colocados, trataban de magia.

Había pocas luces encendidas y esto provocaba un ambiente tenue y sombrío. Las estanterías parecían no tener fin y Anadys no podía distinguir los últimos tomos de arriba. Todo estaba cubierto de polvo y telarañas. Daba la sensación de que habían abierto aquel lugar de repente, sólo para recibirlos a ellos y no les había dado tiempo de organizarlo.

Había libros por todos lados: en el suelo, en las pocas mesas que había y que parecían sostenerse a duras penas, en las estanterías, en lo que parecía ser el mostrador, donde el librero debía de cobrar cada libro que vendiera, e incluso, debajo de los sillones donde se encontraban sentados sus padres.

—Permítanme traerles un libro que tengo a buen recaudo —dijo el librero, que se levantó y se fue sin dar ningún tipo de explicación.

Los padres de Anadys se miraron otra vez. Sin decir palabra alguna, ambos sabían qué estaba pensando cada uno. El hecho de haber entrado en aquella librería en particular y haber conocido a aquel personaje tan

particular, tenía un propósito.

Desde hacía tiempo sentían que algo no iba bien en Mundo Mágico y Mundo Fantasía y era sólo cuestión de tiempo para que lo averiguaran. Sin saber por qué, ese lugar y ese día iba ser el elegido para aclarar todas las dudas. También estaba el hecho de que hacía tiempo que no sabían nada de Émoles y esto inquietaba a ambos. Estaba claro que algo oscuro estaba ocurriendo.

A Anadys, a pesar de ser muy joven, no se le escapaban los detalles y en ese momento, desde el otro extremo de la librería, vio como sus padres parecían preocupados. A pesar de su curiosidad, no se decidió a preguntarles. De alguna manera sabía que no iba a descubrir nada. Conocía bien a sus padres y sabía que era perder el tiempo, así que, decidió seguir fisgoneando en la librería.

En ese momento se escuchó abrirse una puerta y apareció el librero con un libro entre sus brazos. Anadys vio que el libro era negro y un símbolo con forma de sombrero sobresalía de su cubierta. Le pareció el tipo de sombrero que los magos solían llevar en Mundo Mágico.

—Perdonad mi retraso —susurró Promoteo.

Ninguno de los padres de Anadys respondió. Sólo se limitaron a mirar el libro con curiosidad. Prometeo se sentó en frente de ellos y con una mirada suspicaz extendió su brazo izquierdo con el libro hacia Mia. Ella titubeó un par de segundos. Finalmente su mano derecha alcanzó el libro.

Su primera impresión sobre el libro fue de incredulidad. Lo palpó suavemente con las dos manos, como si estuviera acariciando un bebé. Observó detenidamente el sombrero que sobresalía en la parte central de la cubierta del libro. Sabía qué significaba aquel libro, pero pensaba que todo ello sólo era una leyenda. No creía tener entre sus manos ese libro. Una mezcla de sonrisa y temor se dejó sentir en su rostro, a la vez que miraba de soslayo a Darhin, preguntándose a sí misma si él sabría lo que significaba aquel libro. Por la expresión del rostro de su marido, Mia dedujo que él también lo había captado.

Pasó el libro a Darhin, quien sin dudarlo lo cogió y lo colocó en su regazo. Al igual que Mia, su primer impulso fue tocarlo, acariciarlo con mucho cuidado, como esperando que en cualquier momento pudiera romperse.

Sin abrir el libro, ambos miraron a Prometeo, quien parecía observarlos detenidamente. Su rostro permanecía inalterado. Ningún tipo de expresión podía observarse en él en ese momento.

—Por lo que veo... —comenzó a decir Prometeo— ...sabéis de qué tipo de libro se trata.

Mia volvió a mirar el libro de soslayo, a la vez que el miedo iba aumentando en su interior. Se removió en su silla inquieta, como tratando de encontrar una posición más cómoda.

Desde el otro extremo de la librería, nada pasaba inadvertido para Anadys, quien observaba los gestos nerviosos de sus padres. Trató de acercarse sigilosamente lo suficiente, para averiguar qué estaba ocurriendo.

—¿Cómo ha llegado este libro a tus manos? —preguntó Darhin, mientras sujetaba con más fuerza el libro.

—Digamos que es una larga historia. Lo único que os diré es, que soy el guardián de este libro —contestó el librero sintiéndose importante.

Mia se levantó de su silla y comenzó a deambular alrededor del librero y su esposo. Cada minuto que se sentía cerca del libro, sentía más miedo.

—Esto no presagia nada bueno —dijo Mia, a la vez que miraba a Anadys de forma ausente.

—Por lo que tengo entendido... —irrumpió Darhin—...cuando este libro sale a la luz , es porque algo oscuro y maligno se aproxima. ¿Verdad señor Prometeo?

—Mucho me temo que así es —respondió el librero.

—¿Y nos va a contar qué ocurre? —preguntó Mia de forma nerviosa.

El librero apoyó su espalda en el respaldo del sillón y miró a Anadys unos segundos. Luego desvió la mirada hacia Mia, sin decir nada. Mia captó enseguida la indirecta y trató de buscar algo para que Anadys no escuchara la conversación. Sacó de su bolso un viejo libro para pintar y lo acercó a su hija. Anadys lo cogió e hizo como si no le interesara la conversación y comenzó a dibujar. Sus manos y sus ojos prestaban atención al dibujo, pero sus oídos escuchaban toda la conversación sin perder detalle. A pesar de su corta edad, aquella imagen de sus padres había llamado su atención.

—No tengo mucho tiempo —comenzó a hablar el librero—. En unos minutos esta librería y yo debemos desaparecer por cuestiones de seguridad. Todos los aquí presentes sabemos lo que significa este libro. También sabemos que el ser que lo posea, debe estar preparado para lo

peor.

Un leve escalofrío recorrió el cuerpo de Anadys. No sabía lo que quería decir Prometeo con aquellas palabras. ¿Y qué es lo peor? Arrastró la silla donde se encontraba sentada, para acercarse un poco más e intentar oír todo. Su mirada se cruzó con la de su padre. Temió que le pudiera regañar por haberse acercado, pero se dio cuenta de que la mirada de su padre estaba perdida en el espacio. A pesar de mirarla a ella, Anadys notó que la mirada de su padre estaba apagada, como si no fuera él y algún otro ser hubiera poseído a su padre. Jamás había visto esa mirada en ningún ser y menos aún en sus padres.

Darhin se echó hacia adelante y juntó sus manos, de la misma manera que alguien las apoya para rezar, pero este no era el caso. Desde hacía unos minutos, el cuerpo de Darhin comenzó a estremecerse.

—¿Porqué nos da este libro? ¿Qué ocurre que no sepamos? —preguntó Mia con un leve susurro, intentando que Anadys no escuchara.

—Sólo soy el guardián del libro, como dije antes, y en este caso el mensajero —contestó Prometeo—. Émoles contactó conmigo hace tiempo y me dio unas ordenes que debía cumplir en su momento. Estas ordenes consistían en...

—En darnos el Libro Mágico a nosotros —interrumpió Mia.

—Así es y en su debido tiempo... —continuó Prometeo, como si no hubiese sido interrumpido— Lo único que sé es lo que me ordenó Émoles. Ahora es el momento de entregaros este libro, para que lo estudiéis en profundidad y aprendáis cuanto antes los hechizos y magia más pura y poderosa que existe —Prometeo corrigió la posición de sus dañadas lentes y acarició su barba. —Sea el motivo que sea, si Émoles quiere que tengáis este libro es porque algo oscuro va a ocurrir.

¿Pero por qué a nosotros? —Volvió a preguntar Mia cada vez más asustada—Según tengo entendido, cuando alguien recibe este libro, es porque el Mago Oscuro...

—El Mago Oscuro quiere mataros y que desaparezcáis para siempre —interrumpió Prometeo.

Un silencio sepulcral invadió la librería. El librero dejó pasar unos minutos para que ambos asimilaran la noticia. Darhin continuaba perdido en sus pensamientos, sus manos estaban sudando y el temblor se había acentuado. Mia, por el contrario, dejó de caminar alrededor de la librería y se sentó al lado de su marido. Apoyó el brazo derecho encima de su

hombro y apoyó la mano izquierda encima de las manos de su marido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró al oído de Darhin, pero este continuó sin reaccionar.

—Sé que es un momento difícil... —intervino Prometeo—. Pero cuanto antes lo asimiléis, mejor para vosotros. No tenéis tiempo que perder. Lo único positivo de esta situación es que Émoles ha podido averiguar las intenciones del Mago Oscuro, antes de que sea demasiado tarde...

—O quizás no —interrumpió Darhin sin levantar su mirada. Sus ojos seguían perdidos en algún punto del infinito.

—El Mago Oscuro podría atacar en cualquier momento, pero aún no lo ha hecho y ya tenéis el libro en vuestras manos. Tenéis que mirar el lado positivo. Tenéis una posibilidad de sobrevivir —dijo el librero, a la vez que se arrepentía de las últimas palabras. No quería hurgar más en la herida de aquella familia.

—¿Qué pasa si no conseguimos realizar los hechizos correctamente? ¿Y si el Mago Oscuro consigue arrebatarnos el libro? —preguntó desesperado Darhin.

—Como ya sabéis, por muy pocas esperanzas que os dé, casi nadie ha conseguido dominar los poderes ocultos de este libro. Todo aquel que consiga dominarlo, tendrá que tener un excelente dominio de las artes de la magia blanca, a la vez que un corazón puro. Si algunas de las dos cosas mencionada no estuviera en el interior del que posea este libro, la magia que aquí se oculta, no tendría efecto —contestó Prometeo a la vez que cruzaba sus piernas.

—¿Qué ocurre con la segunda pregunta? —preguntó Mia con ansiedad.

—Entonces... toda esperanza de derrotar al Mago Oscuro se habrá esfumado. El Mago Oscuro nunca podrá realizar ningún conjuro o hechizo de este libro, ya que carece de ambas condiciones. Su corazón es negro, lleno de ira y maldad y la única magia que domina es la magia negra. Sin embargo, esa magia puede destruir este libro y si eso ocurriera, sería muy fácil para él destruir a todo aquel que no se una a su causa —dijo Prometeo.

—¿¡¡Su causa!!!? —preguntó Darhin, quien parecía haber regresado de su mundo—. ¿¡¡¡Qué maldita causa es esa!!!?

Darhin se levantó de repente de su asiento y dio unos pasos hacia el librero. Lo agarró por el pecho de su túnica y tiró de él. El librero no hizo el más mínimo amago para evitar aquella confrontación. El libro mágico

rodó por el suelo y fue a parar al lado de Anadys.

Mia se levantó detrás de su marido y lo sujetó. Tiró de él hacia atrás, intentando separar a Prometeo de Darhin, pero no pudo. Todos sus intentos fueron en vano. Jamás observó tanto odio o quizás miedo en los ojos de su esposo.

—Por favor Darhin, suéltalo. Él no tiene culpa de nada —suplicó Mia.

Darhin permaneció unos segundos más en aquella situación. Intentaba controlar la ira que sentía en aquel instante. No quería hacer daño a Prometeo, pero había sufrido un altísimo estrés y todo su odio fue dirigido hacia el librero, quien seguía sin inquietarse.

Después de unos segundos librando una feroz batalla en su interior, la razón y la cordura se impusieron a la ira. La mirada perdida de Darhin desapareció y el color café de sus ojos volvió a asomar. La tensión de las manos se relajó y la túnica se deslizó suavemente entre sus dedos, quedando Prometeo libre.

—Lo... lo... siento —consiguió articular Darhin.

—No tienes que disculparte. Entiendo la situación. Yo quizás hubiera actuado de la misma manera —dijo suavemente el librero, quien a su vez se arregló la túnica y volvió a sentarse en el sillón, como si nada hubiese ocurrido.

Mia agarró suavemente del brazo a Darhin y éste comprendió que le estaba indicando que se sentara de nuevo. Darhin miró a los ojos de su esposa y esta le devolvió la mirada. Darhin sabía que este gesto significaba que todo seguía bien y que debían seguir con aquella conversación.

—Como iba diciendo... —prosiguió Prometeo—. Hay una causa detrás de las intenciones del Mago Oscuro y esta intención es, ni más ni menos, que destruir Mundo Fantasía y Mundo Real.

—Pero eso es ridículo —dijo Mia—. Quizás pueda destruir Mundo Fantasía, pero no Mundo Real. Aquí en Mundo Real no existe la magia y por tanto no puede hacer nada. ¿Qué pretende hacer, matar a cada ser humano uno por uno?

El rostro del librero se puso serio y esto no pasó inadvertido por ninguno de los dos, quienes se preguntaban si esto que pretendía el Mago Oscuro era posible.

—Aunque hay tres mundos diferentes, los tres están vinculados entre sí de alguna manera y si algo sucediera en un mundo, se reflejaría en los

otros. Entre Mundo Fantasía y Mundo Real hay un vínculo especial y más fuerte de lo que nadie pueda imaginar —explicó Prometeo.

—No entiendo nada de esto y cada vez me siento más perdido —intervino Darhin.

—Lo sé. Es difícil y muy largo de explicar, pero la esencia de todo es que si el Mago Oscuro consigue destruir Mundo Fantasía, el ser humano jamás habría escuchado hablar de esto. Todo libro, conocimiento u objeto que exista sobre Mundo Fantasía desaparecería. Nadie habría escuchado nunca hablar de ningún personaje fantástico o de las aventuras de estos. Todos los niños nacerían sin conocer este mundo, ni nada relacionado con el. Todos los recuerdos que en estos momentos habitan en la mente de los seres humanos, ya sean adultos o no, desaparecerían para siempre.

— Quizás olviden todo lo relacionado con la fantasía, pero esto no permitiría al Mago Oscuro acabar con Mundo Real. Seguiría sin tener poderes en este mundo —afirmó Mia.

—No le haría falta usar ningún poder. Los seres humanos se destruirían entre ellos. La esperanza de que siempre el bien vence al mal, de que hay siempre un héroe que salva al mundo...

—Sí, sí, sí... —interrumpió Darhin al librero—. Todo eso podría ser, pero eso no quiere decir que las personas que habitan en Mundo Real se vayan a destruir entre ellos. Es la tontería más grande que he escuchado.

—Si el Mago Oscuro consigue borrar de la memoria del ser humano todo huella de fantasía, podría manipular sus cerebros con otro tipo de... llamémoslo fantasía —dijo Mia, quien comenzaba a entender la intención del Mago Oscuro.

—Exacto. La memoria del ser humano en lo referente a la fantasía sería borrada y en su lugar todo pensamiento de odio e ira ocuparía su espacio — intervino Prometeo.

—¿Pero esto es posible? —preguntó Mia.

—Me temo que sí. Salvo que consigamos destruir al Mago Oscuro —dijo el librero.

En ese momento Anadys lo comprendió todo. Sabía qué era el edificio que había en el cuadro. Recordaba aquel anciano.

Poco a poco iba encajando las piezas del rompecabezas y pronto acabaría el acertijo en el que estaba inmersa. Respiró hondo y una pequeña lágrima asomó por su ojo izquierdo y recorrió la mejilla. Sabía que esa era

su casa en Mundo Real, el único sitio en el que pensaron poder estar seguros. Y así fue, hasta que sus padres fueron engañados y llevados a Mundo Mágico, donde fueron asesinados.

El Mago Oscuro no sólo quería matarlos, sino también robarles el libro mágico. De alguna manera supo que Darhin y Mia poseían el libro que tanto ansiaba cualquier mago. El libro que le habría la puerta para conseguir su terrible deseo.

Lo que no sabía el Mago Oscuro es que ambos eran más listos de lo que él creía y realizaron varios hechizos de ocultación, por lo que nunca pudo el Mago Oscuro encontrarlo. Lograron esquivar todo ataque del ejercito del Mago Oscuro, gracias a la ayuda de Émoles quien siempre estaba al lado de ellos, hasta que un fatídico día todo cambió y el Mago Oscuro los atrapó.

Darhin y Mía tuvieron que elegir entre su hija o la vida de ellos. Consiguieron evocar un último hechizo, con el cual devolvieron a Anadys y el libro mágico a Mundo Real y consiguieron salvarla en el último respiro, pero no evitaron ser alcanzados por la magia negra del Mago Oscuro.

Desde aquel día, Anadys fue como una hija para Émoles, quien se encargó de criarla y educarla. Sin embargo, esa niña de apenas siete años solo fue un ser lleno de ira y venganza. Su cuerpo estaba presente, pero su mente estaba en otro sitio. Nunca se perdonó que sus padres la salvaran, dando su vida por ella.

Anadys se puso de pie y evocó un hechizo que recorrió cada rincón de la casa y en unos segundos, todo volvió a ser como cuando vivían sus padres. La casa pasó a ser de una sola habitación a tres y un baño.

La habitación principal estaba bien amueblada y había poco espacio libre; sin embargo, la mayoría de la decoración consistía en estanterías llenas de viejos volúmenes de magia y algún que otro periódico con las noticias de actualidad de aquel momento. Se podía distinguir los muebles hechos de madera dura como la caoba. El amor por el lujo se podía sentir en las cortinas y los asientos que estaban hechos de materiales suntuosos como las sedas, los damascos, los satenes y el terciopelo.

Anadys pudo divisar un periódico arrugado, en el que se veía una foto de Émoles. Estaba fechada el día anterior a la muerte de sus padres. En los titulares del periódico se podía leer como Émoles estaba llamando a todos los seres de Mundo Fantasía a estar atentos ante un inminente ataque del Mago Oscuro.

Según palabras propias de Émoles: "Todos los seres debían prepararse para lo peor. Quizás pronto iban a conocer un ataque sin precedentes del ejercito dirigido por el Mago Oscuro". No obstante, todo aquello sólo fue

una maniobra del Mago Oscuro, para acabar con la vida de los padres de Anadys.

Los ojos de Anadys se encendieron de ira. Hizo añicos el periódico y lo lanzó hacia una chimenea que permanecía apagada. Pronunció un hechizo y el fuego comenzó a arder en la chimenea. Los trozos de papel comenzaron a consumirse. El olor a quemado impregnó toda la casa, mezclándose con el olor a viejo y moho, producido por el paso de los años en una casa sin ningún tipo de ventilación.

Decidió caminar hacia el dormitorio, donde las paredes estaban adornadas con mapas antiguos y podía distinguirse diferentes artículos exóticos, como abanicos de Asia, baratijas egipcias y suvenires de África e India. La cama de sus padres y la de ella apenas podían mantenerse de pie. Las polillas se habían dado un festín todos estos años y apenas quedaba madera que pudiese sostener el colchón. Las pocas fotos que había de sus padres con ella apenas podían distinguirse. Una densa capa de polvo las cubría todas. Una leve brisa helada recorría la habitación. Las ventanas de la habitación estaban abiertas. Anadys recordó que olvidaron cerrarla el día que sus padres murieron. Salieron de prisa de Mundo Real y fueron a Mundo Mágico, donde les esperaba el Mago Oscuro. Sin saberlo, fueron engañados y se dirigieron hacia su muerte.

La última habitación que había era la cocina. La favorita de Anadys en aquellos años. Se acordó de las horas que pasaba con su madre haciendo pasteles. Según decía Mia, era otra forma de hacer magia, pero más artesanal. Su favorito era el pastel de chocolate y la forma en que lo preparaba Mia era la preferida de Anadys. No se podía utilizar magia en Mundo Real y esto era para ellos lo más parecido. Todo estaba de la misma manera que se había quedado el día fatídico. Habían estado haciendo el pastel favorito de Anadys y aún se podía ver restos de chocolate esparcidos por la mesa, mezclados con el polvo y alguno que otro insecto.

Anadys volvió a la habitación principal y se rió, al recordar el hechizo que evocaron para que nadie pudiera ver el verdadero aspecto del interior del hogar, en su ausencia. El hechizo consistía en que cada habitación era la misma. Fuesen a la cocina, el dormitorio o la habitación principal, siempre estarían en el mismo lugar. Había creado un hechizo de ocultación de la realidad y todo aquel que entrara en el interior, nunca sabría que todo aquello solo existía en su imaginación. Sólo había una cosa que no había cambiado y era el cuadro de la vieja librería. Todo lo demás, incluido el exterior de la casa con su complejo tejado, había sido hechizado. En el exterior habían realizado un hechizo que hacía que la casa cambiara de aspecto cada día y pareciera diferente antes los ojos de los seres humanos, pero nadie se daría cuenta de esto, ya que para los lugareños,

esta casa sólo era una casa abandonada y casi en ruinas.

Se acercó al lado del cuadro y sacó la varita. Tocó con la punta el cuadro y este pareció estremecerse y la librería que había en aquel cuadro se iluminó. El pomo de la puerta de la librería pareció girarse y al cabo de unos segundos esta se abrió. Poco a poco se fue distinguiendo como una figura difusa iba saliendo de la puerta. La cara de Anadys mostró una leve señal de triunfo y satisfacción.

La figura se hizo más grande. Anadys pudo observar como esta figura trataba de salir del cuadro. Extendió las dos manos hacia adelante y como si esta figura obedeciese, se apoyó en sus manos. Era el libro mágico. Anadys lo observó atentamente durante unos segundos antes de abrirlo. No era la primera vez que lo tenía en sus manos y tampoco era la primera vez que sentía su tacto. Sin embargo, lo que sintió aquel momento no lo había sentido anteriormente.

Esta vez era totalmente diferente. Las veces que tuvo en sus manos este libro, sólo se limitó a estudiarlo. Apenas había realizado un par de hechizos. Sus padres habían sido muy estrictos sobre esto. Este no era un libro cualquiera y la magia que en él habitaba no podía tomarse a la ligera.

Anadys había quedado perpleja por la fuerza de esta magia blanca. Nunca en sus años de estudios y aprendizaje había llegado a sentir este poder, esta magia tan pura. Siempre había sentido un deseo incontrolable de poseerlo y aprender todo de este libro, pero nunca había tenido el conocimiento suficiente para poder controlarlo, hasta ahora.

Sabía que no había muerto, quizás sólo estaba inconsciente por el ataque del Mago Oscuro y estaba casi segura de que este maldito ser estaba disfrutando de aquel momento, sin saber lo que le esperaba. Había llegado el momento de regresar y acabar con aquel dolor, con aquella sed de venganza.

Una sensación de mareo se apoderó de Anadys. Todo estaba oscuro. Sintió ganas de vomitar. Notaba como el sabor de la bilis recorría su esófago hacia su boca. Intentó repri